



# ESCRIBE CARLOS ESPLÁ

Corresponsal Permanente de NOTICIAS GRAFICAS en Paris

PARIS, abril de 1938.  
(Por avión).  
— El capitán Anthony Eden ha aceptado el grado de comandante del ejército territorial británico y ha comenzado a prestar servicio en el campamento de Tedworth, regimiento de los "London Rangers", que quiere decir: "guardabosques de Londres". Pero, en Inglaterra no hay que tomar en su sentido literal el valor de los nombres tradicionales. Del mismo modo que los ingleses llaman al ministro de Hacienda "canciller del tablero de ajedrez", los "guardabosques de Londres" no tienen ninguna función forestal, sino que son soldados, como los otros, dispuestos a batirse otra vez a orillas del Marne o en alguna pelada colina balcánica. El ascenso militar del capitán Anthony Eden habrá conmovido el alma romántica de las viejas inglesas, que adoran la figura simpática del ex ministro de Negocios Extranjeros. Las solteras de Londres pensarán que ha llegado el momento más tierno y emocionante de la película: cuando el galán joven se va a la guerra para olvidar algún desengaño amoroso. Es muy posible, en efecto, que el galán joven de la diplomacia inglesa esté ya desengañado de sus idilios políticos de Ginebra. Su nuevo grado militar tiene, en este momento, fuerza de símbolo. El ascenso de Anthony Eden coincide, en efecto, con el ensayo de servicio militar obligatorio propuesto al Parlamento por el señor Chamberlain, con singular audacia, y defendido en la calle, con magnífica pasión, por el señor Churchill.

También para llegar a ese ensayo ha habido que resolver una grave cuestión de palabras inglesas. El señor Chamberlain se había comprometido a "ordenar la conscripción", el reclutamiento militar obligatorio. Y para un po-

## GRAN BRETAÑA ENSAYA VESTIRSE DE UNIFORME

lítico inglés no resulta cómodo constatarlo en destacar la inconsecuencia del señor Chamberlain, pues, que buscar otro nombre y otro fórmula para llegar al mismo resultado. Ha habido que hablar de "un cierto grado de obligatoria" que sería preciso imponer a los jóvenes ingleses para "instruirse militarmente". El lenguaje parlamentario inglés encuentra fácilmente estas expresiones felices e hipócritas. Sin embargo, la fuerza de la oposición en el debate de los Comunes ha

El señor Chamberlain ha tenido que luchar, primero, con su propia contradicción y, luego, con la aversión secular que el pueblo británico siente por la servidumbre militar. Renunciar al principio del voluntariado en tiempo de paz significa para el pueblo inglés una honda revolución moral. Algo parecido a lo que fue, en el dominio económico, el abandono del libre-cambio y de las doctrinas manchesterianas. Contra el servicio militar obligatorio luchan en Inglaterra: los pacifistas de tipo religioso o laico, los "conscientious objectors" (es decir, los que no se oponen a que los maten, pero que no quieren matar a nadie), los sindicatos, los liberales enemigos de cualquier forma de esclavitud, los tratadistas militares que tienen una concepción especial del ejército británico basada en la eficacia de la técnica y no en el número, las viejas inglesas sentimentales admiradoras de Anthony Eden y, finalmente, la masa anónima de los ciudadanos de primera clase del país próspero y libre que mira con desdén al "soldado profesional", al hombre que guerra por una soldada. Es muy difícil expulsar todas estas ideas del pueblo inglés. La tradición, en él, es más fuerte que la reflexión. Y como todavía quedan en Londres uniformes de la época de Marlborough, el Mamburú de nuestro romance, también persisten los sentimientos de sus contemporáneos.

El ensayo de reclutamiento forzoso en tiempo de paz comprende, por ahora, únicamente a los jóvenes de 20 a 21 años. Con el refuerzo que ello representa y la intensificación del voluntariado, el ejército regular y de reserva inglés (sin contar los inscriptos en la marina, los voluntarios de la defensa antiáerea y los que prestan servicio en la India) pasará de 450.000 hombres a muy cerca de un millón. Es un primer paso para la organización militar general del país, que en la última guerra movilizó a nueve millones de hombres.

Este primer paso parece tímido a los políticos franceses, desdeñable a los militares alemanes. Pero hay que contar con las extrañas paradojas de la vida inglesa. Probablemente, para llegar a la obligación militar en tiempo de paz de toda la población masculina del Imperio habrá sido preciso empezar por ese ensayo. No olvidemos que para alcanzar su grado actual de madurez y perfección constitucional, Inglaterra empezó por no tener todavía Constitución escrita.

CARLOS ESPLÁ

A.P.C.I.E.  
SIG:  
1.2 d/975